

CAPÍTULO 9

En el arrabal corría el rumor de que los socialistas repartían hojas escritas con tinta azul. En aquellas hojas se hablaba con mordacidad de lo que ocurría en la fábrica, de las huelgas de los obreros de Petersburgo y de Rusia meridional; se exhortaba a los obreros a unirse y a luchar en defensa de sus intereses.

Las personas de más edad, que ganaban en la fábrica un buen jornal, maldecían:

—¡Agitadores! Habría que partirles la cara.

Y entregaban las hojas en la jefatura.

Los jóvenes leían las proclamas con entusiasmo:

—¡Es la verdad!

La mayoría, agotados de trabajar e indiferentes a todo, se desentendían del asunto con indolencia:

—Esto no sirve para nada. ¿Acaso se puede...?

Sin embargo, las hojas inquietaban a todos, y si durante la semana no aparecían, se decían unos a otros:

—Parece que han abandonado la tarea.

Pero cuando, llegado el lunes, reaparecían, los obreros volvían a agitarse sordamente.

En la taberna y en la fábrica se advertía la presencia de gente nueva, desconocida para todos. Preguntaban, observaban, husmeaban, y en seguida llamaban la atención general: unos, por su cautela sospechosa; otros, por su excesiva amabilidad.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre comprendía que toda esta agitación era fruto del trabajo de su hijo; veía cómo la gente se arremolinaba en torno suyo, y el temor por su suerte se fundía con el orgullo de tener un hijo así.

Cierta tarde, María Kórsunova llamó a la ventana, y cuando la madre la abrió, le murmuró precipitadamente:

—¡Ten cuidado, Pelagueia! ¡Ya se les acabó el juego a tus pichones! Esta noche van a registrar tu casa, la de Masin y la de Vesovchikov ...

Los gruesos labios de María chasqueaban rápidos uno con otro; su carnosa nariz daba resoplidos, guiñaba los ojos bizqueando a derecha e izquierda, como si acechara a alguien en la calle.

—Y yo, no sé nada, no te he dicho nada y ni siquiera te he visto hoy, ¿entiendes?

Y desapareció.

La madre, después de cerrar la ventana, se dejó caer lentamente en una silla. Pero la conciencia del peligro que amenazaba al hijo la impulsó a levantarse súbitamente; se puso el abrigo apresuradamente, y aunque no hacía mucho frío, se envolvió bien la cabeza en un chal y echó a correr a casa de Fedia Masin, que se encontraba enfermo y no iba al trabajo. Cuando llegó, Fedia estaba sentado junto a la ventana, leyendo un libro y meciendo con la mano izquierda la derecha, cuyo tieso pulgar se mantenía apartado de los otros dedos. Al saber la novedad, saltó de la silla; su cara se tornó pálida.

—Bueno, ahora sí que... —murmuró.

—¿Qué debemos que hacer? —preguntó Pelagueia, secándose el sudor de la frente con mano temblorosa.

—¡Espere y no tenga miedo! —replicó Fedia pasándose la mano sana por los ensortijados cabellos.

—¡Pero si usted mismo tiene miedo! —exclamó ella.

—¿Yo?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Sus mejillas enrojecieron bruscamente, y sonrió turbado:

—Sí, qué diablos... Hay que avisar a Pável. Voy a mandarle recado inmediatamente. Vuélvase usted a casa, ¡no se preocupe! ¡No nos pegarán!

En cuanto llegó a su casa, la madre hizo un montón con los libros, y estrechándolos contra su pecho, recorrió largamente la vivienda, mirando en el horno, bajo la estufa e, incluso, en un tonel de agua. Se imaginaba que Pável dejaría el trabajo y volvería inmediatamente, pero no venía. Por último, vencida por el cansancio, se sentó en el banco de la cocina, puso los libros bajo sus faldas y en esta posición, sin osar moverse, permaneció hasta el regreso de Pável y el jojol.

—¿Lo saben...? —exclamó sin levantarse.

— Lo sabemos —dijo Pável sonriendo—. ¿Tienes miedo?

—¡ Sí, mucho, mucho miedo ! ¡Tengo miedo!

—No hay que tener miedo —dijo Andréi—, no sirve de nada.

—¡Ni siquiera has preparado el samovar! —observó Pável.

La madre se puso de pie, y mostrando los libros, explicó turbada:

—Fue por esto...

Su hijo y el jojol rompieron a reír, lo que la tranquilizó. Pável eligió algunos libros y salió al patio a esconderlos, y el jojol se puso a encender el samovar diciendo:

— Esto no tiene nada de terrible, madrecita, pero vergüenza da que la gente se dedique a semejantes tonterías. Vendrán unos hombres hechos y derechos, con el sable al costado y espuelas en los tacones y escarbarán en todas partes. Mirarán bajo la cama y bajo el horno: si hay un sótano, bajarán; y si hay un granero, subirán. Las telas de araña les caerán en la jeta, y gruñirán. No les divierte, les da vergüenza; por eso adoptan un aire malvado y colérico. Su trabajo es inmundado, ¡y ellos lo saben! Una vez, me revolviéron toda la casa, no encontraron nada y se fueron avergonzados; otra vez, me llevaron con ellos. Luego, me metieron en la cárcel, donde pasé unos cuatro meses. ¡Un ratito! Estás allí un día tras otro, te llaman, te llevan por la calle con soldados, te hacen unas cuantas preguntas. No son malos:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

razonan como tambores. Luego mandan a los soldados que te conducen, otra vez, a la cárcel. Así lo tratan a uno; ¡tienen que justificar su salario! Después te liberan, y eso es todo.

—¡Qué manera de hablar tiene usted siempre, Andriusha!—exclamó la madre.

Arrodillado ante el samovar, resoplaba en el tubo con toda su fuerza; pero en aquel momento levantó la cara, roja del esfuerzo, y, estirándose las puntas del bigote con ambas manos, preguntó:

—¿Y cómo hablo yo?

—Como si nadie le hubiese humillado nunca...

Él se levantó y dijo, moviendo sonriente la cabeza:

—¿Hay en el mundo, algún alma que no haya sido ofendida nunca? A mí me han ultrajado tanto, que estoy cansado de ofenderme. ¿Qué vas a hacer si la gente no puede proceder de otro modo? Las ofensas entorpecen el trabajo; si se detiene uno a pensar ellas, se pierde el tiempo en balde. ¡Así es la vida! Yo, antes, a veces me enfadaba con la gente, pero lo pensé mejor y vi que no valía la pena. Cada cual teme el golpe del vecino y trata de pegar primero. ¡La vida es así, madrecita mía!

Sus palabras fluían tranquilamente, suavemente, y apaciguaban la ansiedad provocada por la espera del registro: sus ojos saltones sonreían, claros, y todo su largo cuerpo balanceante, parecía extrañamente flexible.

La madre suspiró y dijo con afecto

—¡Que Dios lo haga feliz, querido Andriusha!

El jojol dio una zancada hacia el samovar, volvió a acurrucarse ante él y masculló:

— Si me dan la felicidad, no la rechazaré, pero no pienso pedirla.

Pável volvió del patio.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No encontrarán nada —dijo, con acento seguro; y comenzó a lavarse.

Después, secándose cuidadosamente las manos, dijo:

— Si se le nota que tiene miedo, madre, pensarán: En esta casa hay algo, puesto que ella tiembla. Usted ya lo comprende, no queremos nada malo; la verdad está de nuestra parte, y toda la vida trabajaremos por ella: ¡esa es toda nuestra culpa! ¿De qué tener miedo?

—Tendré valor, Pável —prometió la madre; pero, llena de angustia, dejó escapar: —¡Si por lo menos viniesen pronto!

Pero no llegaron aquella noche, y a la mañana siguiente previendo la posibilidad de que bromearan con su miedo, la madre fue la primera en hacerlo:

- ¡Vaya, me asusté antes de tiempo!

CAPÍTULO 10

No vinieron hasta pasado un mes de esta noche de alarma. Estaban reunidos Nikolái Vesovschikov, Andréi y Pável, hablando de su periódico. Era ya tarde, casi medianoche. La madre se había ya acostado, iba adormeciéndose y, entre sueños, oía el hablar quedo, preocupado, de los muchachos. De pronto, Andréi, atravesó la cocina sobre la punta de los pies y cerró dulcemente el cerrojo de la puerta, tras él. A la entrada, se oyó un ruido metálico. Y de pronto, la puerta se abrió de par en par, y el jojol dio un paso hacia la cocina y dijo en voz baja, pero clara:

—Se oye ruido de espuelas.

La madre saltó de la cama, y tomó su ropa con manos temblorosas, pero Pável apareció en el umbral de la habitación y le dijo serenamente:

— Quédese acostada. Usted no se encuentra bien.

Se escucharon unos roces furtivos en el vestíbulo. Pável se acercó a la puerta, y empujándola con la mano, preguntó:

—¿Quién está ahí?

Con extraña rapidez, se introdujo en la casa una figura alta y gris, y tras ella otra; dos gendarmes rechazaron a Pável y se colocaron a ambos lados de él; resonó una voz recia y burlona:

—No somos los que esperaban, ¿eh?

El que hablaba era un oficial, delgado y alto, con un bigote negro, no muy abundante. Junto al lecho de la madre apareció Fediakin, el policía del arrabal, y, llevando una mano a la visera de la gorra, señaló con la otra la cara de la mujer y, torva la mirada, dijo:

—Esta es la madre, Excelencia.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Y extendiendo hacia Pável el brazo, con brusco ademán, añadió:

—¡Y ahí está él en persona!

—¿Pável Vlásov? —preguntó el oficial, entornando los ojos, y cuando Pável asintió con la cabeza, prosiguió, retorciéndose el bigote:

— Tengo que registrarte la casa. ¡Levántate, vieja! ¿Quién hay ahí? -y luego de echar una ojeada al cuarto, se dirigió bruscamente hacia la puerta.

—¿Sus apellidos? —resonó su voz.

Del zaguán entraron dos testigos: el viejo fundidor Tveriakov y su inquilino, el fogonero Ribin, hombre reposado y moreno. Éste exclamó con voz pastosa y recia:

- ¡Buenas noches, Nílovna!

La madre estaba vistiéndose y, para darse ánimos, decía bajito:

— Pero, ¿qué es esto? ¡Venir de noche! ¡Sacar a la gente de la cama... sin más ni más!

Apenas cabían en la habitación, por la que se había esparcido un fuerte olor a betún. Dos gendarmes y Riskin, el comisario de policía del arrabal, iban sacando los libros del estante, haciendo resonar el suelo con sus pisadas, y los amontonaban sobre la mesa, ante el oficial. Otros dos golpeaban la pared con el puño y miraban debajo de las sillas; uno de ellos se encaramó trabajosamente al horno. El jojol y Nikolái Vesovchikov permanecían en un rincón, apretados el uno contra el otro. El rostro de Nikolái, picado de viruelas, estaba cubierto de manchas rojas, y sus ojillos grises no podían apartarse del oficial. El jojol se estiraba las guías del bigote, y cuando la madre entró en el cuarto, le hizo con la cabeza una señal cariñosa, sonriéndole. Ella, esforzándose por dominar su terror, avanzaba, no de costado, como tenía por costumbre, sino sacando el pecho, lo que daba a su figura un empaque gracioso y afectado. Pisaba fuerte y sus cejas temblaban.

El oficial iba tomando rápidamente los libros con la punta de sus dedos, blancos y afilados, los hojeaba, los sacudía y con hábil ademán los echaba a un lado. A veces, un libro caía al suelo pesadamente. Todos callaban; tan sólo se percibían los

fatigosos resoplidos de los gendarmes y el tintineo de las espuelas; de cuando en cuando, una voz preguntaba queda:

—¿Han mirado aquí?

La madre estaba en pie al lado de Pável, junto a la pared, cruzados los brazos sobre el pecho, como él, y miraba también al oficial. Sus rodillas temblaban y una niebla le velaba los ojos.

De pronto, la voz tajante de Nikolái rasgó el silencio:

—¿Qué necesidad hay de tirar los libros al suelo?

Se estremeció la madre. Tveriakov agachó la cabeza como si le hubieran dado un golpe en la nuca, Ribin soltó un graznido y se quedó mirando atentamente a Nikolái.

El oficial entornó los ojos y, durante un segundo, los tuvo clavados en el rostro inmóvil, picado de viruelas. Después, sus dedos empezaron a hojear aún más de prisa las páginas de los libros. A veces, abría mucho sus grandes ojos grises, como si sufriera un dolor insoportable y fuese a desahogar, en un grito terrible, toda su impotente rabia contra el dolor aquel.

—¡Soldado! —volvió a decir Vesovchikov—: recoge esos libros.

Los gendarmes volvieron hacia él, después miraron al oficial, que levantó la cabeza y, envolviendo en una ojeada escrutadora la silueta maciza de Nikolái, dijo con voz arrastrada y nasal:

—Bien..., recójanlos.

Uno de los gendarmes se inclinó, y, mirando a Vesovchikov con el rabillo del ojo, se puso a recoger los libros de hojas arrugadas.

—¡Nicolái debería callarse! —susurró la madre a su Pável.

Este se encogió de hombros. El jojol bajó la cabeza.

—¿Quién es el que lee aquí la Biblia?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Yo —dijo Pável.

—¿A quién pertenecen todos estos libros?

—A mí —respondió de nuevo.

—¡Bien! —dijo el oficial, reclinándose sobre el respaldo de la silla. Hizo crujir los dedos de sus finas manos, extendió las piernas sobre la mesa, arregló su bigote, e interpeló a Vesovchikov.

—¿Eres tú Andréi Najodka?

—Sí —respondió Nikolái, avanzando. El jojol extendió el brazo, lo agarró por el hombro y lo hizo retroceder.

—¡Se equivoca! ¡Yo soy Andréi...!

El oficial alzó la mano, y amenazando con el índice a Vesovchikov, le dijo:

—¡Ten cuidado tú!

Se puso a revolver sus papeles.

Desde la calle, la noche de luna clara miraba con ojos indiferentes por la ventana. Alguien andaba lentamente fuera; sus pasos hacían crujir la nieve.

— Tú, Najodka, ¿has estado ya sumariado por delito político? -preguntó el oficial

—Sí, en Rostov y en Sarátov... Sólo que allí, los gendarmes me trataban de usted.

El oficial guiñó el ojo derecho, se lo restregó, y, descubriendo sus menudos dientes, continuó:

—¿Y no conoce usted, Najodka, precisamente usted, a los canallas que reparten en la fábrica proclamas subversivas?

El jojol empezó a balancearse sobre las piernas; sonriendo abiertamente iba a decir algo, cuando la voz irritada de Vesovchikov resonó de nuevo:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Es la primera vez que vemos canallas.

Hubo un silencio, y, durante un segundo, todos permanecieron inmóviles.

La cicatriz de la madre palideció, y su ceja derecha dio un tirón hacia arriba. La barba negra de Ribin se puso a temblar de un modo extraño: la peinó lentamente con los dedos, la cabeza baja.

— Saquen de aquí a esta bestia —dijo el oficial.

Dos gendarmes cogieron a Nikolái por debajo de los brazos y lo arrastraron sin miramientos hacia la cocina. Allí, clavando sólidamente los pies en el suelo, se detuvo y gritó:

—¡Esperen a que me ponga el abrigo!

El comisario de policía entró.

—No hay nada: hemos mirado por todas partes.

—¡Desde luego! —exclamó el oficial sonriendo—. Tenemos aquí a un hombre de experiencia.

La madre escuchaba aquella voz, fluida y cortante; miraba con terror su rostro amarillo y sentía en este hombre un enemigo sin piedad, un corazón lleno del desprecio del aristócrata por el pueblo. Había visto muy pocos individuos de este género, y casi había olvidado que existían.

«He aquí a quienes inquietamos», pensó.

— Usted, señor Andréi Onísimovich Najodka, hijo bastardo, ¡queda detenido!

—¿Por qué motivo? —preguntó tranquilamente el jojol.

—Eso se lo diré más tarde —respondió el oficial, con venenosa cortesía. Se volvió hacia Pelagueia.

—¿Sabes leer y escribir?

—No —contestó Pável.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No te pregunto a ti —dijo severamente, e insistió: —¡Responde, vieja!

La madre, invadida por un sentimiento de odio instintivo hacia este hombre, se irguió de pronto, presa de un temblor como si hubiese caído en agua helada; su cicatriz se volvió púrpura y su ceja descendió.

—¡No grite! —dijo extendiendo un brazo hacia el oficial—. Usted es joven aún, no sabe lo que es sufrir...

—¡Cálmese, madre! —la interrumpió Pável.

—¡Espera, Pável! —gritó ella abalanzándose a la mesa—. ¿Por qué detiene a esta gente?

—Eso a usted no le incumbe, ¡a callar! —gritó el oficial levantándose—. ¡Que traigan al detenido Vesovschikov! —y se puso a leer un papel, levantándolo a la altura del rostro.

Trajeron a Nikolái.

—¡Quítate el gorro! —gritó el oficial, interrumpiendo su lectura. Ribin se acercó a Vlásova y, empujándola con el hombro, le dijo bajito:

—¡No te acalores, madre!

—¿Cómo me voy a quitar el gorro si me están sujetando las manos? —preguntó Nikolái, ahogando con su voz la lectura del acta.

El oficial arrojó el papel sobre la mesa:

—¡Firmen!

La madre vio cómo firmaban el acta. Se iba extinguendo su arrebató, el corazón desfallecía, unas lágrimas de impotencia y agravio asomaron a sus ojos. Durante sus veinte años de vida conyugal, había llorado lágrimas como aquéllas, pero en los últimos tiempos casi tenía olvidado su acre sabor. El oficial la miró y dijo con una mueca de desdén:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— Llora usted antes de tiempo, señora. ¡Ahorre lágrimas, que no le quedarán bastantes para lo sucesivo...!

Exasperada de nuevo, la madre le contestó:

- Las madres tienen lágrimas bastantes para todo, ¡para todo! Si tiene usted madre, ella, de seguro, ¡lo sabrá!

Metió con premura el oficial los papeles en una cartera nueva, de reluciente cierre.

—¡Adelante, marchen!

— Hasta la vista, Andréi. Hasta la vista, Nikolái -dijo Pável con afecto, en voz baja, estrechando la mano a sus camaradas.

—Sí, desde luego, ¡hasta la vista! —repitió el oficial irónicamente.

Vesovchikov resollaba penosamente: su ancho cuello estaba congestionado y sus ojos centelleaban de rabia. El jojol era todo sonrisas, e inclinó la cabeza diciendo algunas palabras a la madre, que lo bendijo con la señal de la cruz, y dijo:

—Dios reconoce a los justos...

Por fin, el pelotón de hombres con capotes grises se replegó a la entrada, con un tintinear de espuelas, y desapareció. El último en salir fue Ribin: envolvió a Pável en la escrutadora mirada de sus ojos negros, y dijo soñador:

— Bueno, ¡adiós!

Y salió sin prisa, tosiendo tras la barba.

Con las manos en la espalda, Pável empezó a pasear lentamente por la habitación, entre los montones de libros y de ropa blanca tirados por el suelo, y dijo sombrío:

—¿Has visto lo que es esto?

Mirando perpleja la revuelta habitación, la madre murmuró angustiada:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Por qué Nikolái ha sido grosero?

—Tenía miedo, sin duda —dijo dulcemente Pável.

—Han venido, los detuvieron, se los han llevado... —masculló Pelagueia con gesto impaciente.

Le quedaba su hijo. Su corazón comenzó a latir con más calma, mientras su pensamiento se concentraba en vano, ante aquella realidad, que no podía concebir.

— Ese hombre amarillo se burla de nosotros, nos amenaza...

—¡Bueno, madrecita! —dijo súbitamente Pável con decisión—. Anda, vamos a recoger todo esto.

Le había dicho «madrecita» y «tú», como solamente hacía cuando se sentía muy próximo a ella. La madre se le acercó, lo miró a los ojos y preguntó muy bajo:

—¿Te han humillado?

—¡Sí! Es duro... ¡Hubiera preferido ir con ellos!

A la madre le pareció que tenía lágrimas en los ojos, y' para consolarlo, sintiendo confusamente su dolor, dijo en un suspiro:

—¡Espera! ¡Ya te llevarán a ti también...!

—Me llevarán.

Tras un instante de silencio, la madre observó con tristeza:

—¡Qué duro eres, Pável! ¡Ya podías tranquilizarme alguna vez! Pero no, digo cosas terribles, y tú me contestas cosas más terribles aún.

Él la miró, acercóse y le dijo en voz baja:

—¡No me sale, madre!

—Tendrás que acostumbrarte —suspiró ella y, luego de un silencio, prosiguió, conteniendo un estremecimiento de espanto:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Y, ¿puede ser que torturen a la gente? ¿Que desgarren la carne, que rompan los huesos? Cuando pienso en esto, Pável, querido mío, ¡me da horror!

—Torturan el alma... Eso duele más: que desgarren el alma con las manos sucias...

CAPÍTULO 11

Al día siguiente se supo que habían arrestado a Bukin, Samóilov, Sómov y cinco personas más. Por la noche, llegó corriendo Fedia Masin: habían registrado también su casa, y se sentía un héroe.

—¿Tuviste miedo, Fedia? —preguntó la madre.

El palideció, se arrugó su rostro y le temblaron las ventanas de la nariz.

— Tuve miedo de que el oficial me pegara. Gastaba barba negra, era grueso, con dedos peludos, y en la nariz llevaba unas gafas negras; parecía como si no tuviera ojos. Gritaba, daba patadas en el suelo... Decía que me pudriría en la cárcel. A mí no me pegaron nunca, ni mi padre ni mi madre: soy hijo único, y me querían.

Cerró los ojos un segundo, apretó los labios, se encrespó el cabello con un rápido gesto de las manos, y dijo, mirando a Pável, entornando los enrojecidos párpados:

—Si alguien me golpea alguna vez, me tiro a él como un cuchillo y lo destrozo con los dientes... Mejor será que me maten.

—¡Tan flaco, tan poca cosa como eres! —exclamó Pelagueia—. ¿Cómo vas a pelear tú?

—Lo haré —respondió Fedia entre dientes.

Cuando salió, la madre dijo a Pável:

—¡A éste lo destrozarán antes que a los demás...!

Pável guardó silencio.

Unos instantes más tarde, la puerta de la cocina se abrió lentamente y entró Ribin.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Salud!—dijo sonriendo—. Bueno, aquí estoy otra vez. Anoche me obligaron a venir, pero hoy vengo por mí mismo. —Estrechó vigorosamente la mano de Pável y tomó a la madre por el hombro—. ¿Me ofreces té?

Pável examinó en silencio el ancho y bronceado rostro, de espesa barba negra y ojos sombríos. Había algo de grave en su tranquila mirada.

La madre entró en la cocina a encender el samovar. Ribin se sentó, alisó su barba y, colocando los codos sobre la mesa, envolvió a Pável en su mirada oscura.

—Pues así es... —dijo, como si reanudase una conversación interrumpida—. Tengo que hablarte con franqueza. Te vengo observando hace mucho tiempo. Somos casi vecinos. He notado que recibes mucha gente, y que nadie se emborracha ni hace escándalos. Esto es lo primero. Si la gente no hace ruido, se hace notar en seguida. ¿Entiendes? Bueno. La gente habla también de mí, porque vivo apartado.

Su tono era grave pero hablaba con soltura. se acariciaba la barba con su negra mano y miraba con fijeza al rostro de Pável.

—Se han dedicado a hablar de ti. Mis patronos te llaman hereje, porque no vas a la iglesia. Yo no voy tampoco. Además, han aparecido esas hojitas. ¿Idea tuya, verdad?

—Sí.

—Pero tú... —exclamó alarmada la madre, saliendo de la cocina—. ¡No has sido tú solo!

Pável sonrió, y Ribin también.

—¡Así es! —dijo éste.

La madre, un poco molesta porque no hubiesen prestado atención a sus palabras, resopló ruidosamente y volvió a la cocina.

—Las hojas son una buena idea. Esto espabila a la gente. ¿Había diecinueve?

—Sí.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Entonces, las he leído todas. Bien... Hay en ellas cosas incomprensibles y cosas superfluas; pero cuando un hombre habla mucho, tiene que decir también algunas palabras de más.

Ribin sonrió: tenía una dentadura blanca y fuerte.

—Después... el registro. Esto es lo que más me ha predispuesto en vuestro favor. Tú, el jojol y Nikolái, habéis estado...

No encontrando la palabra, se calló, echó una ojeada a la ventana y; tamborileando con los dedos sobre la mesa:

—Han mostrado su decisión. Como si hubieran dicho: «Excelencia, haga usted el trabajo que le corresponda que nosotros haremos el nuestro.» El jojol es un buen muchacho. Muchas veces he oído cómo habla en la fábrica, y he pensado: «A éste no lo doblegarán: sólo lo vencerá la muerte. Tiene nervio.» ¿Me crees, Pável?

—¡Le creo! —dijo el joven, asintiendo con la cabeza.

—Mírame; tengo cuarenta años, te doblo la edad y he visto veinte veces más cosas que tú. Fui soldado más de tres años, me casé dos veces, la primera mujer se me murió, a la otra la dejé yo. He estado en el Cáucaso, conozco a la secta de los dujobortsy⁶, que se creen los dueños de la vida, hermano, y no lo son. ¡No, no lo son!

La madre escuchaba ávidamente aquellas palabras firmes. Le agradaba ver que un hombre maduro acudía a su hijo y hablaba con él como confesándose, pero le parecía que Pável trataba al huésped con demasiada frialdad, y para contrarrestar esta impresión, preguntó a Ribin:

—¿Quieres comer algo, Mijaíl Ivánovich?

⁶ Los Dujobortsy (Pneumatómacos o Macedonianos) fueron una secta religiosa surgida en Rusia en el S. XVII, en reacción a las reformas sufridas por la iglesia ortodoxa rusa. Fueron perseguidos por ésta última y por el gobierno zarista; se establecieron en Siberia, Georgia y Crimea, logrando obtener la garantía del gobierno de que no prestarían servicio militar por 50 años. A principios del S. XVIII, en plena guerra con Japón, los dujobortsy y un brazo de estos, los molokanes, intentaron lograr una nueva exención al servicio militar, que les fue negada, hecho que aceleró su emigración al Nuevo Mundo (Estados Unidos y Canadá) para evitar las penalidades impuestas por la Rusia absolutista.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Gracias, madre! Ya he cenado... Así pues, Pável, ¿tú piensas que la vida no es lo que debe ser?

Pável se levantó y se puso a pasear por la habitación, las manos a la espalda.

—No: es buena. Ya ve, es ella quien le ha traído a mi casa, con el corazón abierto. A los que trabajamos durante toda la vida nos va uniendo poco a poco. ¡Llegará un tiempo en que nos una a todos! Es injusta, dura para nosotros, pero es ella misma quien nos abre los ojos, nos descubre su sentido amargo y muestra al hombre cómo debe acelerar su marcha.

—¡Cierto! —interrumpió Ribin—. Hay que renovar al hombre. Si se agarra la sarna, lo llevas al baño, lo lavas bien, le pones ropa limpia, ¡y se cura!, ¿no es cierto? Pero, ¿cómo se puede limpiar al hombre por dentro? Esa es la cuestión.

Pável se puso a hablar, con calor y energía, de los jefes, de la fábrica, del modo cómo los obreros defendían sus derechos en otros países. A veces, Ribin golpeaba la mesa con el dedo, como puntuando. De cuando en cuando exclamaba: «¡Eso es!»

Y una vez, se echó a reír y dijo en voz baja:

—¡Tú eres joven! Conoces poco a la gente.

Entonces Pável, deteniéndose ante él, le replicó gravemente:

—No hablemos de vejez ni de juventud. Veamos, más bien, qué ideas son las más justas.

— De modo que, según tu opinión, ¿nos han engañado hasta con Dios? Eso es. Yo también pienso que nuestra religión es falsa.

En este momento intervino la madre. Cuando su hijo hablaba de Dios y de todo lo que para ella iba asociado a la fe y le era querido y sagrado, buscaba siempre la mirada de Pável, para pedirle tácitamente que no hiriese su corazón con brutales profesiones de incredulidad. Pero, tras su escepticismo, ella percibía la fe, y esto la tranquilizaba. «¿Cómo podría yo comprender su pensamiento?», se decía. Se figuraba que a Ribin, hombre de edad madura, también le sería poco grato, y hasta ofensivo, oír las palabras de Pável. Pero cuando Ribin preguntó al hijo, con su voz tranquila, ella no pudo contenerse y, concisa, pero obstinada, dijo:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— En lo que a Dios se refiere, ¡sean más prudentes! ¡Ustedes hagan lo que quieran! -y después de haber tomado aliento, con fuerza aún mayor, prosiguió: — ¡Pero si a mí, que soy una vieja, me quitan a mi Dios, ¡no tendré dónde apoyarme en mis penas!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Iba fregando los cacharros y sus dedos temblaban.

— No nos ha entendido usted, madre —dijo Pável cariñosamente.

—¡Perdona, madre! — añadió Ribin con voz lenta y pastosa, y sonriendo, miró a Pável—. Se me había olvidado que eres ya demasiado vieja para que te corten las verrugas...

—Yo hablaba —continuó Pável—, no del Dios bueno y misericordioso en el que usted cree, sino de aquél con quien los popes nos amenazan como con un palo; de un Dios en cuyo nombre quieren obligar a todos a someterse a la voluntad cruel de unos cuantos.

—¡Sí, eso es, ahí está! —gritó Ribin, golpeando la mesa—. Nos han cambiado incluso a Dios: todo lo que toman entre sus manos es para dirigirlo contra nosotros. ¿Te acuerdas, madrecita? Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: luego, ¡Él se parece al hombre, si el hombre se parece a Él! Pero nosotros ya no nos parecemos a Dios, sino a las bestias. En la iglesia nos muestran un espantajo. ¡Hay que transformar a Dios, madrecita, purificarlo! Lo han revestido de mentira y de calumnia, le han desfigurado el rostro para matarnos el alma...

Hablaba en voz baja, pero cada una de sus palabras caía sobre la cabeza de la madre como un mazazo duro y ensordecedor. Su cara fúnebre, con el marco negro de la barba espesa, le asustaba. El oscuro brillo de sus ojos le era insoportable; despertaba un miedo angustioso en su corazón.

—¡No, prefiero marcharme! —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Escuchar esto, ¡es superior a mis fuerzas!

Y huyó a la cocina mientras Ribin gritaba:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Lo ves, Pável! No es la cabeza, sino el corazón lo que está en la base de todo. Ese es un lugar del hombre donde nadie podrá penetrar jamás.

—Solamente la razón liberará al hombre —sentenció Pável.

—¡La razón no da la fuerza! — replicó Ribin en voz alta y obstinada —. ¡El corazón es el que da fuerza y no la cabeza! ¡Eso es!

La madre se desnudó y se acostó sin rezar sus oraciones. Tenía frío, se sentía incómoda. Y Ribin, que al principio le había parecido tan sensato e inteligente, despertaba ahora su hostilidad.

«¡¡Hereje! ¡Cizañero! —pensaba, oyendo la voz de él—. ¡También tenía que venir éste!»

Pero él hablaba, seguro y tranquilo:

—Un lugar santo no debe permanecer vacío. Nuestra alma es un punto doloroso: la morada de Dios. Si Él la abandona, se formará una llaga. Hay que inventar una fe nueva, Pável, crear un Dios que sea amigo de los hombres.

—¡Ya hubo un Cristo! —exclamó Pável.

— Cristo no tenía firme el ánimo. Aparta de mí este cáliz, decía. Y reconocía al César. ¡Dios no puede reconocer autoridad humana que reine sobre los hombres, porque él es todo poder! No divide el alma en parte divina y parte humana. Pero Cristo admitía el comercio, admitía el matrimonio. Y maldijo la higuera: Fue injusto. ¿Acaso tenía ella la culpa de su esterilidad? Tampoco es culpable el alma, si no da buen fruto. ¿Soy yo quien ha sembrado el mal dentro de mí? ¡Está claro!

Las dos voces resonaban en el cuarto, sin interrupción, entrelazándose y combatiendo en animado juego. Pável iba y venía; el piso de madera crujía bajo sus pies. Cuando hablaba, todos los sonidos eran ahogados por sus palabras; cuando Ribin replicaba, pausado y tranquilo, se oía el tictac del péndulo del reloj y el seco crujir del hielo que rozaba con sus afiladas uñas las paredes de la casa.

—Voy a decírtelo a mi modo, como fogonero que soy: Dios es como el fuego. Así es. Vive en el corazón. Lo ha dicho Él: Dios es el Verbo... y el Verbo es el espíritu.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡La razón! —repitió Pável obstinadamente.

—¡Así es! Lo cual quiere decir que Dios está en el corazón y en la razón, pero no en la iglesia. La iglesia es la tumba de Dios...

La madre se quedó dormida y no oyó salir a Ribin.

Pero éste empezó a venir con frecuencia, y si alguno de los camaradas de Pável estaba allí, el fogonero se sentaba en un rincón y guardaba silencio, diciendo solamente de cuando en cuando:

—¡Eso! Así es.

Pero, un día, echando a todos una torva mirada desde el rincón, dijo sombrío:

— Hay que hablar de lo que es; lo que ha de ser, no lo sabemos. Cuando el pueblo se libere, ya verá él qué es lo mejor. Le han metido en la cabeza demasiadas cosas que no deseaba en absoluto, ¡basta ya! Que razone por su cuenta. Puede que quiera rechazarlo todo, toda la vida y todas las ciencias, puede que vea que todo está dirigido contra él, como, por ejemplo, el Dios de la iglesia. Pónganle todos los libros en la mano y que conteste él mismo. ¡Eso es!

Pero cuando Pável estaba solo, entablaban al instante una discusión interminable, aunque tranquila, y la madre los escuchaba inquieta, siguiéndolos con la mirada, tratando de comprender lo que decían. A veces, le parecía que, tanto el mujik de anchos hombros y negra barba, como su hijo, fuerte y apuesto, estaban ciegos. Se lanzaban de un lado para otro, en busca de salida, se agarraban a todo y sacudían todo de sus manos, vigorosas pero torpes, desplazaban las cosas de un lado a otro, las dejaban caer en tierra y las pisoteaban después. Desfloraban esto, palpaban esto otro, lo rechazaban, y todo ello sin perder la fe ni la esperanza.

La habían acostumbrado a escuchar un montón de palabras, terribles por su franqueza y su audacia, pero estas palabras no la herían ya con la misma violencia que la primera vez y había aprendido a defenderse de ellas. Y, algunas veces, tras las frases que negaban a Dios, Pelagueia sentía una sólida fe dentro de sí. Entonces sonreía quedamente, con una sonrisa que todo lo perdonaba, y aunque Ribin no le era grato, ya no sentía animosidad contra él.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Una vez por semana iba a la prisión a llevar ropa limpia y libros al jojol; en una ocasión obtuvo autorización para verlo. Al volver, dijo con ternura:

—Sigue siendo el mismo que en casa. Amable con todo el mundo, todos bromean con él. Le es duro aquello, difícil, pero no lo demuestra.

—Es lo que hay que hacer —dijo Ribin—. Todos vamos envueltos en pena, como en una segunda piel... Respiramos pena y nos revestimos de pena. Pero no hay que alardear de ello. No todos tienen los ojos cerrados: hay quien los cierra voluntariamente. ¡Eso es! ¡Y si eres imbécil, aguántate!

CAPÍTULO 12

La casita gris de los Vlášov llamaba cada vez más la atención del arrabal. En aquella atención había mucho de sospechosa cautela y de animosidad inconsciente, pero poco a poco nacía también un sentimiento de confiada curiosidad. Alguna vez, llegaba un desconocido que, examinando todo con circunspección, decía a Pável:

—Bueno, muchacho, tú que lees libros de leyes, debes conocerlas. Entonces, mira, explícame...

Y contaba a Pável alguna injusticia de la policía o de la administración de la fábrica. En los casos complicados, Pável escribía unas palabras y enviaba al visitante a la ciudad, a un abogado amigo suyo; pero cuando podía, aclaraba él mismo el asunto.

Poco a poco, fue surgiendo en la gente un sentimiento de respeto hacia aquel joven serio, que hablaba de todo con sencillez y audacia, que miraba y escuchaba todo con atención y ahondaba tenazmente en la maraña de cada caso particular como si fuera propio, para encontrar siempre el hilo sin fin que unía a las personas entre sí con miles de nudos fuertes.

Vlášova veía a su hijo crecer; se esforzaba por comprender su trabajo, y cuando tenía éxito, se regocijaba con una alegría infantil.

Pável creció aún más en la opinión pública después del asunto del «kopek del pantano».

Un gran pantano, cubierto de abedules y abetos, rodeaba la fábrica casi por entero, como un cinturón infecto. En verano, un vaho amarillento y espeso se desprendía de él, con nubes de mosquitos que se esparcían por el arrabal, sembrando las fiebres. El pantano pertenecía a la fábrica; el nuevo director, ansioso de sacarle partido, concibió el proyecto de desecarlo y, al mismo tiempo, extraer la turba. Esta operación, según explicó a los obreros, sanearía el lugar y mejoraría las condiciones de vida para todos; y dio la orden de descontar de los salarios un kopek por rublo, para afrontar los costos de la obra.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Los obreros se rebelaron; resentían, sobre todo, que el nuevo impuesto no se aplicara a los empleados administrativos también.

El sábado, cuando fueron fijados carteles anunciando la resolución del director, Pável estaba enfermo y no había ido a trabajar ni sabía nada del asunto. A la mañana siguiente, después de la misa, el fundidor Sisov, un viejo de aspecto venerable, y el cerrajero Majotin, hombre alto e irascible, vinieron a contarle lo que ocurría.

—Nos hemos reunido, los más viejos —dijo pausadamente Sizov—, para hablar de esta cuestión, lo hemos discutido y los camaradas nos han mandado a preguntarte, ya que eres un hombre ilustrado, si existe alguna ley que permita al director combatir a los mosquitos con nuestros kopeks.

—Te acordarás —añadió Majotin, centelleantes los alargados ojuelos—, hace cuatro años, esos ladrones hicieron una colecta para construir una casa de baños. Reunieron tres mil ochocientos rublos. ¿Dónde están los rublos? ¿Dónde están los baños?

Pável explicó lo injusto de este descuento y el evidente beneficio que la fábrica sacaría de la operación. Los dos viejos se marcharon con el ceño fruncido. Después de acompañarlos hasta la puerta, la madre dijo sonriendo:

— Ya ves, Pasha, hasta los viejos acuden a ti, en busca de consejo.

Sin responder, preocupado, se sentó Pável a la mesa y se puso a escribir algo. Al cabo de unos minutos, dijo a la madre:

— Te ruego que vayas a la ciudad inmediatamente y entregues esta nota.

—¿Es peligroso?

—Sí. Allí nos están imprimiendo el periódico. Es absolutamente necesario que esta historia del kopek aparezca en este número...

—¡Está bien, está bien! —dijo ella—, voy inmediatamente.

Era la primera comisión que su hijo le confiaba. Se sentía muy contenta al ver que le decía abiertamente de qué se trataba, y que ella podía serle útil.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Esto lo comprendo, Pasha! — decía poniéndose el abrigo —. Esto es un verdadero robo. ¿Cómo has dicho que se llama ese hombre, Egor Ivánovich?

Volvió ya tarde, de noche, cansada pero satisfecha.

—¡He visto a Sáshenka! —dijo a Pável—. Te manda sus saludos. Y ese Egor, no es nada orgulloso. ¡Y qué bromista! Cuando habla, hace reír.

—Me alegra que te gusten — dijo Pável en voz baja.

—¡Qué gente tan sencilla, hijo! Cuando la gente es sencilla, es tan agradable... Y todos te respetan.

El lunes, Pável tampoco pudo ir a la fábrica, a causa del dolor de cabeza. Pero a la hora de comer se presentó corriendo Fedia Masin, agitado y contento; cuando recuperó el aliento, anunció:

—¡Se sublevó la fábrica entera! ¡Vamos! Me han mandado a buscarte. Sisov y Majotin dicen que tú puedes explicar las cosas mejor que nadie. ¡Si vieras lo que está pasando!

Pável se vistió sin decir palabra.

—Se ha reunido una multitud de mujeres, ¡y cómo gritan!

—Yo voy también —declaró la madre—. Tú no estás bien y ¿qué hacen allí? Voy a ir.

—Ven —dijo Pável.

Caminaron en silencio, rápidamente. La madre desfallecía de emoción y sentía que algo grave iba a suceder. A las puertas de la fábrica, se agolpaba una masa de mujeres, vociferando. Cuando los tres consiguieron entrar en el patio, cayeron de pronto entre una muchedumbre compacta, negra, que rumoreaba indignada. La madre vio que todas las cabezas miraban hacia un mismo lado, en dirección al muro de las fraguas donde, encima de un montón de chatarra, sobre un fondo de rojos ladrillos, estaban encaramados, agitando las manos, Sisov, Majotin, Viálov y unos cinco o seis obreros influyentes más, de edad madura.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Aquí está Vlášov! —gritó alguien.

—¿Vlášov? Que venga.

—¡Silencio! —gritaron al mismo tiempo desde varios puntos.

En algún sitio, cerca de la madre, resonó la voz inalterable de Ribin:

— No es el kopek lo que debemos defender, sino la justicia. ¡Eso es! Lo valioso para nosotros no es nuestro kopek, que no es más grueso que los de otros, pero sí más pesado porque en él hay más sangre humana que en un rublo del director. Y no es el kopek lo que nos preocupa, sino la sangre y la verdad... ¡eso es!

—¡Cierto! ¡Bravo, Ribin!

—Tiene razón el fogonero.

—¡Aquí está Vlášov!

Ahogando el sordo estrépito de las máquinas, los profundos suspiros del vapor y el gorgoteo de las canalizaciones, las voces se fundían en un torbellino de sonidos tumultuosos. De todas partes acudía la gente presurosa, agitando las manos, enardecándose unos a otros con palabras febriles y punzantes. La irritación, que, siempre adormecida, se ocultaba en los pechos fatigados, se había despertado, exigía salida, alzaba triunfante el vuelo, extendiendo cada vez más ampliamente sus negras alas, abarcando cada vez con mayor fuerza a los hombres, arrastrándolos en pos de ella, golpeando a unos contra otros, transformándose en inflamada rabia. Sobre la multitud se cernía una nube de polvo y hollín; los rostros, cubiertos de sudor, echaban fuego, y la piel de las mejillas lloraba lágrimas negras. En los rostros oscuros centelleaban los ojos y brillaban los dientes.

En el sitio donde se encontraban Sisov y Majotin, apareció Pável, y resonó potente su grito:

—¡Camaradas!

La madre vio que el rostro de su hijo estaba pálido, y que sus labios temblaban. Involuntariamente empezó a avanzar, abriéndose paso entre la muchedumbre. Le decían ásperamente: «¿Adónde te quieres meter?», y la

empujaban, pero esto no la detenía. apartando a la gente con los hombros y los codos, se iba acercando con lentitud, cada vez más, al hijo, impulsada por el deseo de colocarse a su lado.

Y Pável, al lanzar de su pecho aquella palabra, en que ponía un sentido tan profundo e importante, sintió que el espasmo de la alegría de la lucha le apretaba la garganta, y lo invadió el deseo de arrojar a los suyos su corazón abrasado por el fuego del sueño de verdad y justicia.

—¡Camaradas! —repitió, poniendo en la palabra toda su energía y entusiasmo—. Nosotros somos los que construimos las iglesias y las fábricas, los que forjamos las cadenas y fundimos las monedas. Somos nosotros la fuerza vital que da a todos el pan que nutre y alegra a todos, desde la cuna hasta la tumba...

—¡Eso es! —gritó Ribin.

—Siempre, y en todas partes, somos los primeros en el trabajo y los últimos en la vida. ¿Quién se preocupa por nosotros? ¿Quién desea nuestro bien? ¿Quién nos mira como a seres humanos? ¡Nadie!

—¡Nadie! —dijo una voz como un eco.

Ya dueño de sí mismo, Pável se puso a hablar con más sencillez y calma. Lentamente, la multitud se acercaba a él, se aglomeraba como un solo cuerpo sombrío de mil cabezas. Lo miraba con centenares de ojos atentos, absorbía sus palabras.

— No lograremos mejorar nuestra suerte mientras no nos sintamos camaradas, mientras no nos sintamos una familia de amigos estrechamente unidos por un mismo deseo, el deseo de luchar por nuestros derechos.

—¡Al grano! — exclamó una voz ruda, al lado de la madre.

—¡No interrumpas! — exigieron, sin alzar el grito, dos voces desde lugares diferentes.

Los rostros ennegrecidos se contraían, ceñudos e incrédulos; decenas de ojos, serios y pensativos, miraban al rostro de Pável.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Es un socialista, pero no es tonto! —observó alguien.

—¡Con qué audacia habla! — dijo un obrero alto y tuerto, empujando en el hombro a la madre.

— Ya es hora de comprender, camaradas, que nadie nos ayudará, excepto nosotros mismos. Uno para todos, todos para uno: ¡tal es nuestra ley si queremos vencer al enemigo!

—¡Tiene razón, muchachos! — exclamó Majotin. Y con amplio ademán, tremoló en el aire el puño crispado.

—¡Hay que llamar al director! —continuó Pável.

Fue como si un huracán se hubiese desatado sobre la multitud. El gentío se balanceó y decenas de voces gritaron a la vez:

—¡Que venga el director!

—¡Que vaya una delegación a buscarlo!

La madre se abrió paso hacia delante y, desde abajo, miraba a su hijo, henchida de orgullo. Pável estaba allí, entre los viejos obreros, los más estimados, y todos lo escuchaban y aprobaban. A Pelagueia la colmaba de satisfacción ver que no perdía los estribos, que no soltaba palabrotas como hacían otros.

Como el granizo sobre el hierro, llovían los denuestos, los gritos entrecortados, las palabras airadas. Pável miraba a la multitud desde arriba y, con los ojos muy abiertos, parecía buscar algo entre ella.

—¡Delegados!

—¡Sisov!

—¡Vlásov!

—¡Ribin! ¡Ése tiene unos buenos colmillos!

De repente, entre la multitud se oyeron exclamaciones en voz baja:

—¡Ahí viene él mismo!

—¡El director...!

La masa se abría, dejando paso a un hombre alto, con una barbita puntiaguda en la cara alargada.

—¡Permítanme! — decía, apartando de su camino a los obreros con un breve ademán, pero sin tocarlos. Entornaba los ojos, y con la mirada escrutadora de quien está acostumbrado a manejar hombres, escudriñaba atentamente las caras de los obreros.

Algunos se quitaban la gorra a su paso, se inclinaban, mientras él caminaba sin responder a estas muestras de respeto, sembrando en la multitud el silencio y la confusión, sintiéndose ya, bajo las turbadas sonrisas y el tono sordo de las exclamaciones, el arrepentimiento del niño que ha hecho una travesura.

Pasó ante la madre, lanzándole una mirada severa, y se detuvo ante el montón de chatarra. Alguien, desde arriba, le tendió una mano, pero no la tomó; con un impulso vigoroso de su cuerpo, se encaramó con facilidad y se situó delante de Pável y Sisov:

—¿Qué significa esta turbamulta? ¿Por qué abandonaron el trabajo?

Hubo un silencio de unos segundos. Las cabezas de los obreros se balanceaban como espigas. Sisov agitó el gorro en el aire, se puso de medio lado y agachó la cabeza.

—¡Se los estoy preguntando! —gritó el director.

Pável se plantó junto a él y dijo en voz alta, señalando a Sisov y Ribin:

—Nosotros tres hemos sido comisionados por nuestros camaradas para exigir la revocación de la orden sobre el descuento del kopek...

—¿Por qué? —preguntó el director, sin mirar a Pável.

—¡Consideramos injusto el impuesto! —dijo éste con voz sonora.

— De modo que en mi proyecto de desecar el pantano no ven más que el deseo de explotar a los obreros y no la preocupación de mejorar su existencia. ¿Verdad?

—Sí —respondió Pável.

—¿Y usted también? —preguntó el director a Ribin.

— Todos pensamos lo mismo —respondió éste.

—¿Y usted, buen hombre? —interrogó el director, volviéndose a Sisov.

— Sí, yo también le ruego que nos deje el kopek. Y de nuevo bajó la cabeza, sonriéndose con aire de culpa.

El director paseó lentamente su mirada por la multitud y se encogió de hombros. Después sus ojos se posaron escrutadores en Pável, y le dijo:

— Usted parece un hombre bastante inteligente. ¿Será posible que no comprenda la utilidad de esta medida?

Pável respondió en voz alta:

—Si la fábrica hace desecar el pantano a sus expensas, ¡todos la comprenderán!

—La fábrica no se dedica a la filantropía —replicó secamente el director—. Les ordeno que vuelvan todos inmediatamente al trabajo.

Y empezó a bajar, tanteando la chatarra con la puntera del zapato y sin mirar a nadie.

Un rumor de descontento recorrió la multitud.

—¿Qué pasa? —dijo el director, deteniéndose.

Todos callaron; sólo una voz resonó a lo lejos:

—¡Trabaja tú!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— Si dentro de quince minutos no están trabajando, ¡ordenaré que cada uno de ustedes sea despedido! —respondió el director, haciendo caer cada palabra como un martillazo.

Y prosiguió su camino por entre la muchedumbre; pero ya, tras él, se iba alzando un sordo murmullo, y cuanto más se alejaba su figura, tanto más se elevaban los gritos.

—¡Anda, prueba a entenderte con un tipo así...!

—¡Éstos son nuestros derechos! ¡Perra suerte...!

Gritaban a Pável:

—Eh, tú, el gran abogado, ¿qué hay que hacer ahora?

— Hablabas y hablabas, y en cuanto se presentó él, ¡todo se lo llevó el viento!

— Y, Vlásov, ¿qué hacemos?

Cuando los gritos se hicieron más insistentes, Pável declaró:

— Camaradas, yo os propongo abandonar el trabajo hasta que él no renuncie a lo del kopek.

Saltaron irritadas las palabras.

—¡Nos tomas por idiotas!

—¿La huelga?

—¿Por un kopek?

—¿Y qué? ¡Pues sí! Declaremos la huelga.

— Nos echarán a todos a la calle .

—¿Y a quién emplearán?

—Emplearan a otros.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿A quién? ¿A los Judas?

—¡Cada año tendría que darles tres rublos y sesenta kopeks a los mosquitos!

—¡Todos nosotros tendríamos que hacerlo!

CAPÍTULO 13

Pável bajó del montón de chatarra y fue a colocarse junto a la madre. Alrededor, todos alborotaban, discutiendo unos con otros, agitados, gritando.

—¡No conseguirás que vayan a la huelga! — dijo Ribin acercándose a Pável — . La gente es codiciosa, pero cobarde. Se pondrán de tu parte unos trescientos, no más. Y con una horquilla sola, no puedes remover semejante montón de estiércol.

Pável callaba. Veía a la multitud con su enorme rostro negro agitarse y mirarlo, esperando algo de él. El corazón le latía alarmado. Le parecía que sus palabras se habían esfumado sin dejar huella en aquellos hombres, como gotas aisladas cayendo sobre una tierra extenuada por una larga sequía. Empezó el regreso a casa, triste, cansado. Detrás de él iban la madre y Sisov, y a su lado, Ribin, atronándole el oído.

—Hablas bien, pero no tocas el corazón, eso es. Y es en lo profundo de los corazones donde hay que lanzar la chispa. No conquistarás a la gente con la razón: es un calzado demasiado fino y estrecho, ¡y no les entra el pie!

Sizov decía a la madre:

—¡Ya es hora de que nosotros, los viejos, nos vayamos al cementerio, Nílovna! Es un nuevo pueblo el que se alza ahora. ¿Cómo vivíamos nosotros? Arrastrándonos de rodillas, encorvados siempre sobre la tierra. Y ahora no se sabe con certeza si la gente ha recobrado el conocimiento o si se engaña más que nosotros; pero, en todo caso, no se nos parecen. Ahí tienes a la juventud hablando con el director, como con un igual... ¡lo mismo! ¡Hasta la vista, Pável Mijáilovich! Haces bien en estar a favor del pueblo, muchacho. Si Dios te ayuda, puede que encuentres la forma de salir de esto... ¡Dios lo quiera!

Y se fue.

—¡Sí, lárgate a tu cementerio! —rezongó Ribin—. Ahora ya no son hombres, sino masilla, no sirven más que para tapar las grietas... ¿Viste, Pável, quiénes gritaban que te nombrasen delegado? Los que dicen que eres un socialista, un

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

perturbador. ¡Eso es!, ¡ellos mismos! Pensaban: ¿lo echarán?, que lo echen, ¡buen viaje!

—Tienen razón, desde su punto de vista.

—Los lobos también tienen razón cuando se devoran entre ellos.

El rostro de Ribin estaba sombrío, su voz temblaba de un modo desacostumbrado.

—La gente no cree en las palabras desnudas. Hay que sufrir y empaparlas en sangre...

Durante todo el día, Pável estuvo taciturno, sentía cansancio y una inquietud extraña; los ojos ardientes parecían buscar algo. La madre, al darse cuenta, le preguntó con cautela:

—¿Qué tienes, Pável?

—Me duele la cabeza —dijo él pensativo.

— Deberías acostarte; voy a llamar al médico.

El la miró y se apresuró a responder: —No, no hace falta.

Y de pronto, en voz baja, murmuró:

—Soy joven, me falta fuerza, eso es todo. No han confiado en mí, no me han seguido, y es porque no he sabido decirles la verdad. Es duro... ¡estoy descontento de mí mismo!

La madre miró su rostro sombrío y le dijo dulcemente, para consolarlo:

—¡Espera! Hoy no te han comprendido, mañana te comprenderán.

—¡Deberían haberme comprendido hoy!

—Desde luego, ya ves... hasta yo sé entender tu verdad.

Pável se acercó a ella.

— Tú, madre, eres una buena persona.

Y se volvió. Ella se estremeció como si estas palabras la quemaran, se llevó la mano al corazón y salió, llevando consigo como algo precioso la caricia de su hijo.

Durante la noche, cuando ella dormía y él leía en la cama, volvieron los gendarmes y comenzaron de nuevo a registrar, rabiosamente, por todas partes, en el patio y en el desván. El oficial de tez amarillenta se comportó como la primera vez, insultante, burlón, complaciéndose en su desconcierto y tratando de herirlos en el corazón. La madre callaba, sentada en un rincón, sin desviar los ojos de su hijo. Este trataba de contener su agitación, pero cuando el oficial reía, sus dedos se contraían de modo extraño, y ella se daba cuenta de que le costaba trabajo no responder al gendarme, que soportaba sus burlas a duras penas. Pelagueia tenía menos miedo que en el primer registro: más bien sentía odio hacia aquellos visitantes nocturnos, vestidos de gris, con espuelas en las botas, y este odio absorbía el temor.

Pável logró susurrarle al oído:

—Me van a llevar...

Ella, bajando la cabeza, respondió muy bajo:

— Ya me doy cuenta...

Comprendía, sí. Iban a llevarlo a la cárcel porque aquel día había hablado a los obreros. Pero todos estaban de acuerdo con lo que había dicho, y todos debían salir en su defensa; por consiguiente, no lo tendrían encerrado mucho tiempo

Hubiera querido llorar y estrechar al hijo entre sus brazos, pero el oficial, a su lado, la miraba entornando los ojos; los labios se estremecían y su bigote se agitaba. A Vlásova le pareció que aquel hombre esperaba sus lágrimas, sus súplicas y lamentos. Reuniendo todas sus fuerzas, procurando hablar lo menos posible, estrechó la mano del hijo y, contenido el aliento, despacio, quedo, le dijo:

— Hasta la vista, Pável... ¿Llevas todo lo necesario?

—Sí, no te preocupes.

—Que Dios sea contigo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Cuando se lo llevaron, se sentó en el banco y, cerrados los ojos, lloró en silencio. Apoyada la espalda contra la pared, como en otro tiempo hacía su marido, fuertemente encadenada por la angustia y la conciencia humillante de su impotencia, la cabeza baja, sollozó largo tiempo, vertiendo en el gemido monocorde todo el dolor de su corazón herido. Veía ante ella, como una mancha inmóvil, el rostro amarillento de bigotes ralos, cuyos ojos entornados la miraban con satisfacción. Como un ovillo negro, se enrollaban en su pecho la exasperación y la rabia, contra aquellas gentes que le arrancaban un hijo a su madre porque buscaba la verdad.

Hacía frío, la lluvia golpeaba los cristales. Parecía que, en la noche, alrededor de la casa, rondaban acechantes siluetas grises, de largos brazos, de anchas caras rojas sin ojos. Caminaban, y sus espuelas entrechocaban débilmente.

—Si al menos me hubiesen llevado a mí también... —pensaba.

Aulló la sirena ordenando a la gente que volviera al trabajo. Aquella mañana su aullido era sordo, bajo, vacilante. Se abrió la puerta y entró Ribin. Se detuvo ante ella y, limpiándose con la mano las gotas de lluvia que le resbalaban por la barba, preguntó:

—¿Se lo han llevado?

—¿Se lo han llevado los malditos! —suspiró ella.

—Así es —dijo Ribin, con una muñeca—. En mi casa han registrado todo, buscado por todas partes, sí... me han cacheado, me han injuriado, pero, sin embargo, no me han lastimado. Así que se llevaron a Pável. Ya comprendo: el director hace un guiño, el gendarme dice comprendido, ¡y un hombre que desaparece! ¡ Juntos son fuertes! Unos se ocupan de hacer callar al pueblo por las armas y los otros le vacían los bolsillos.

—¡Ustedes deberían defender a Pável! —exclamó la madre levantándose—. Lo que él ha hecho, fue por el bien de todos.

—¿Y quién debería defenderlo?

—Todos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Esperas demasiado! No cuentes con ello. Nuestros patrones se hicieron fuertes a través de cientos de años; nos han dejado los corazones llenos de espinas. No podemos unirnos de buenas a primeras. Primero debemos sacarnos nosotros mismos, y mutuamente, las púas que nos impiden estar cerca el uno del otro.

Y sonriendo, salió con su andar pesado, aumentando el dolor de la madre con aquellas rudas palabras de desesperanza.

—¿Y si le pegan, si lo torturan...?

Imaginó el cuerpo de su hijo deshecho a golpes, desgarrado, ensangrentado, y el terror le oprimió el pecho como una losa helada. Le dolían los ojos. No encendió el horno, ni se preparó comida, ni bebió té; solamente, a última hora de la tarde, comió un pedazo de pan. Y cuando se acostó, pensó que jamás, en toda su vida, se había sentido tan sola, tan desamparada. En los últimos años se había acostumbrado a vivir en espera continua de algo importante, algo bueno. A su alrededor se movía la juventud, alentadora, bulliciosa, y siempre tenía ante ella el rostro grave del hijo, creador de aquella vida noble y emocionante. Y ahora que él no estaba, no quedaba nada.